LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 11 DE MARZO DE 1889 — NÚM. 376

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡VUESTRO PADRE NO VIENE! cuadro de L. da Ríos

Este título nos exime de toda explicación; pero no por esto dejaremos de llamar la atención de nuestros suscritores hacia este cuadro verdaderamente simpático. ¡Qué expresión, qué cúmulo de sentimientos naturales y sencillos en el rostro de esta joven madre! y ¡qué disposición no menos sencilla y expresiva de toda la escena, de cada detalle y del conjunto! Obras maestras pictóricas habrá que por su precio sólo están al alcance de los grandes museos y de los millonarios aficionados á embellecer sus espléndidas moradas con obras célebres de arte, célebres quizás por su colorido, sus ropajes, sus perfiles y aun por la expresión de sus figuras; pero quizás no haya ninguna que aventaje á este modesto cuadro de Da Ríos en cuanto á la armonía del conjunto y de los detalles. El autor de este cuadro es pintor y hombre de sentimiento, observador y dotado de corazón generoso, artista y poeta.

M. RICARDO PIGOTT

Hace pocos días se suicidaba en el Hotel de Embajadores de Madrid, de un tiro de revolver disparado en la boca, un individuo de edad madura, á quien un inspector de policía acababa de intimar que le acompañase al Gobierno civil. Según los documentos hallados en los bolsillos del difunto, el suicida era M. Ricardo Pigott, súbdito inglés, que tanto ha figurado últimamente en el ruidoso proceso entablado en los tribunales de Londres por el diputado irlandés M. Parnell, con motivo de las acusaciones formuladas contra él por el periódico *The Times*.

M. Pigott se había presentado á la redaeción de este periódico diciéndose poseedor de unas cartas escritas por el célebre defensor de la causa irlandesa, cartas que comprometían seriamente á éste. La redacción del *Times* fundándose en el testimonio de estas cartas, que consideró auténticas, publicó sus acusaciones y esto dió origen á que M. Parnell le demandara por calumnia ante los tribunales.

M. Pigott, citado ante ellos, compareció en un principio, mas conociendo el peligroso sesgo que para él tomaba el proceso, desapareció de Londres, dejando al *Times* bajo la acción de la justicia, sin poder ya presentar en su defensa al único testigo que debía apoyarla.

Las dudas que ofreció á los jueces la autenticidad de las cartas en cuestión, que han resultado falsas, y la fuga del falsificador, han venido á dar la razón al diputado irlandés y á dejar en posición muy crítica y desairada al popular periódico inglés, cuya empresa, víctima de una criminal supercheria, tendrá que abonar una cantidad cuantiosísima por daños y perjuicios así como por las costas del proceso.

La policía inglesa, siguiendo la pista al fugitivo, pudo averiguar que se había refugiado en Madrid bajo el supuesto nombre de Ronald Ponsonby, y por mediación del embajador de la Gran Bretaña reclamó su extradición, que no ha podido conseguir por haberse suicidado M. Pigott, no sin dejar alguna carta en la que confiesa su delito.

La resonancia que ha tenido este proceso nos ha inducido á publicar el retrato del falsificador, en las diferentes actitudes que ha guardado durante la sustanciación de aquél, y, naturalmente, antes de fugarse de Londres.

La poetisa Beatriz di Pian degli Ontani

El retrato que publicamos no es el de una escritora ilustre é instruída, de ingenio cultivado con la lectura de las obras de los grandes maestros, ni cuyas producciones se distinguen por lo limado y correcto del estilo, ó por los asuntos de filosofía trascendental á que son tan dadas algunas de nuestras modernas escritoras: es el de una cantora de la naturaleza, sencilla, ingenua, espontánea, que sin saber leer ni escribir, pasó gran parte de su vida haciendo versos llenos de encantadora galanura y en conexión con el pintoresco país en que vivía.

Humilde pastora de las montañas de Pistoya, adquirió en su continua y solitaria contemplación de las escenas de la naturaleza, no la rudeza del montañés, sino la exquisita suavidad y sentimiento que en todas las almas delicadas parece infiltrar el ambiente puro que en tales comarcas las rodea. Tal vez la afición al canto del campesino de Pistoya despertara también en ella las aficiones poéticas que le dieron celebridad, pues aquel pueblo canta si trabaja, canta si está alegre lo mismo que si le apena algún sinsabor, y canta á todas horas.

Lo cierto es que Beatriz empezó á improvisar versos desde su más tierna edad, y que estos versos, repetidos en las alegres canciones de los montañeses, le hicieron adquirir cierta fama que fué en aumento hasta el punto de llegar á oídos de algunos escritores notables como el Tommaseo, el Giulani y otros que quisieron conocerla y la han dedicado encomiásticas páginas en algunas de sus obras.

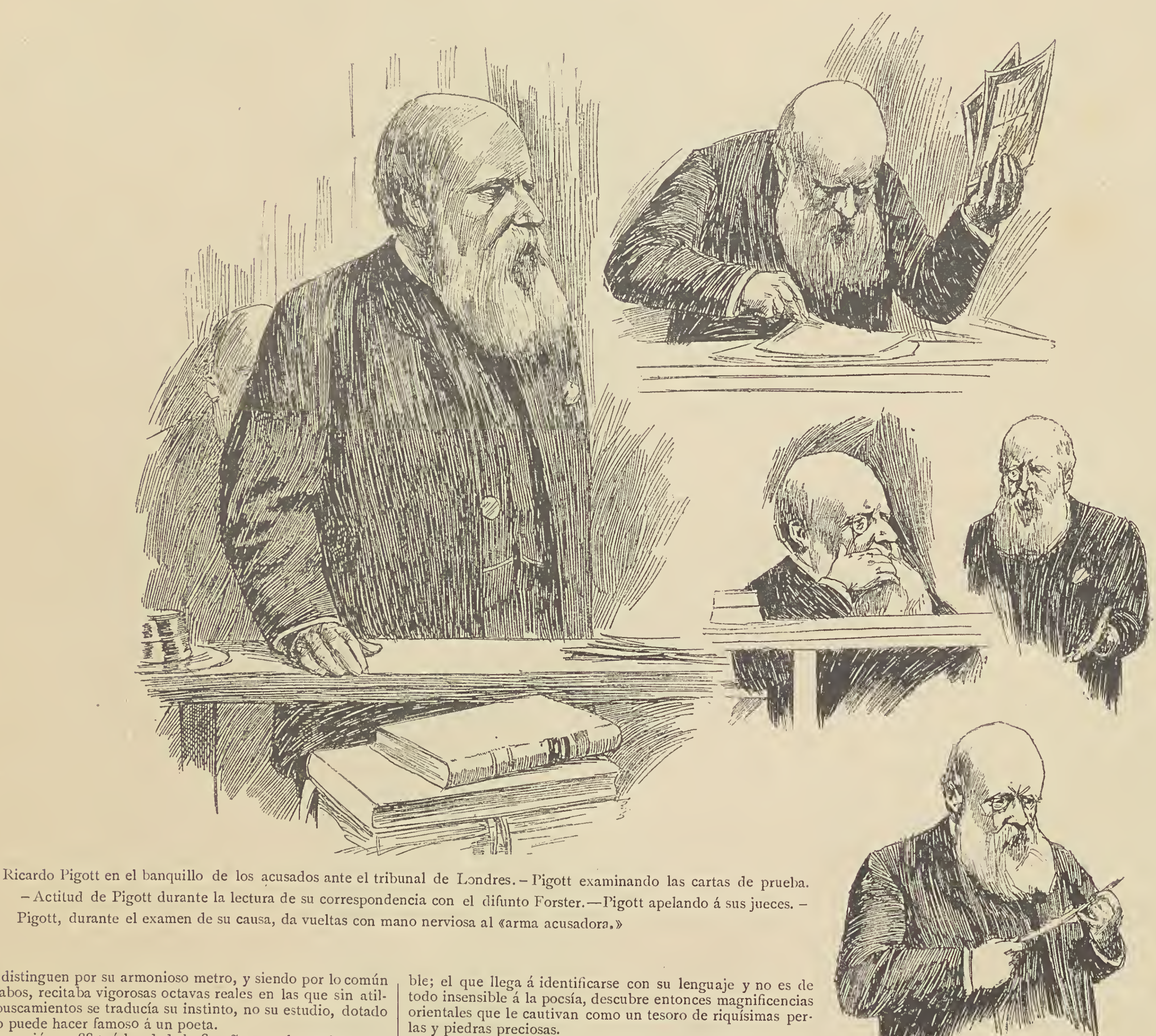
Beatriz, como la cigarra de la fábula, aunque diferenciandose de ésta en que jamás descuidó sus labores y quehaceres por el canto, pasó su vida cantando; únicamente cuando la muerte le arrebató uno de sus hijos, enmudeció algún tiempo, y si después volvió á improvisar, sus versos fueron elegías más bien que poéticos idilios.

Lo más notable en ella es que jamás conoció un modelo literario, á pesar de lo cual, rimaba con tanta perfección como facilidad; sus



¡VUESTRO PADRE NO VIENE! cuadro de L. da Ríos, (según fotografía de Gesellotrats, de Berlín)

M. RICARDO PIGOTT, *suicidado recientemente en Madrid*



Ricardo Pigott en el banquillo de los acusados ante el tribunal de Londres. – Pigott examinando las cartas de prueba. – Actitud de Pigott durante la lectura de su correspondencia con el difunto Forster.—Pigott apelando á sus jueces. – Pigott, durante el examen de su causa, da vueltas con mano nerviosa al «arma acusadora.»

versos se distinguen por su armonioso metro, y siendo por lo común endecasílabos, recitaba vigorosas octavas reales en las que sin atildados rebuscamientos se traducía su instinto, no su estudio, dotado de cuanto puede hacer famoso á un poeta.

Beatriz murió en 1885, á la edad de 80 años, en la modesta pobreza en que había nacido; pero rodeada del aprecio de sus conciudadanos entre los que se había hecho sumamente popular.

Cuando tanto se ensalzan las aptitudes literarias de muchos personajes de méritos discutibles, justo es consignar un recuerdo á estos cantores de la naturaleza, fecundos y espontáneos como ella, y tributarles el homenaje de admiración, de que su humilde posición y su resistencia á la notoriedad les ha privado en vida.

EL SUPLICIO DE TÁNTALO dibujo de L. B. Bokelmann

Rapaz cruel, tu infantil ignorancia hace pasar á esa pobre perra el suplicio de Tántalo, y á fuer de tal sin esperanza, porque si el animal no es muy listo ó atrevido podrá decir lo que la zorra de las uvas, y el chicuelo se irá regalando con el embutido, si no es para otra persona que le ha enviado por él. Si la perra le arrebata el suculento y codiciado bocado, entonces ¡pobre chico! se ganará algunos mojicones; esto por lo pronto; porque si es inteligente y medra, acaso, y aun sin acaso, le hará pasar mil veces en el curso de su vida una mano invisible los mismos y peores tormentos de Tántalo. Porque tal es el mundo.

¡ADELANTE! cuadro de Yaroslav Vesin

Es una comitiva de boda de una aldea húngara de Transilvania, en medio del invierno, cuando los nevascos muchas semanas repetidos han cubierto montes, valles, corrientes y aldeas con una espesa, resistente y blanca capa de nieve. Para ir á la iglesia, quizás distante, va colocada la comitiva en robustísimos trineos de labrador que resisten tremendos saltos y choques. El húngaro es, como el andaluz, jinete nato, y si por añadidura es hombre del campo robusto y joven, maneja los caballos, tanto si los monta como si tiran de elegantes carruajes de moda ó rústicos trineos, con admirable maestría y puño firme. Aquí se trata de quién llegará primero á la iglesia, triunfo que no quiere dejarse arrebatar el que dirige el trineo de los novios y del padrino que pasan volando por un arroyo helado sin reparar en saltos ni sacudidas, que son ligeras bromas para estas naturalezas fuertes. El resto de la comitiva, que va asimismo en sus trineos, aparece rezagado en segundo término.

ESTUDIO DEL TALMUD, cuadro de S. Hirszenberg

Con este cuadro ha añadido su autor otro trabajo digno de los anteriores á las interesantes escenas de la vida de los judíos polacos. Las letras hebreas que se ven estampadas en la pared del fondo, á la izquierda, dicen que cierta noche del mes de Adar está destinada á la distracción y al recreo, y los judíos polacos cumplen este como los demás preceptos de su religión, pero cada uno á su manera. Los unos pasan esta noche buena fumando, bebiendo y en pláticas alegres; pero los más buscan su distracción y alegría en el estudio del Talmud, el libro más importante de los judíos después de las Sagradas Escrituras. Es el Talmud el archivo de la historia de su religión, de notabilísimas y agudas jurisprudencias, un tesoro de preciosas reglas de vida práctica y de elevada moral. El lenguaje de este libro, casi sagrado para los judíos, parece al principio extraño y á veces hasta ridículo, pero paulatinamente se acostumbra el lector, y á medida que lo entiende y penetra, se siente dominado como por una fuerza mágica y su alma goza de una placidez particular é indefinible; el que llega á identificarse con su lenguaje y no es de todo insensible á la poesía, descubre entonces magnificencias orientales que le cautivan como un tesoro de riquísimas perlas y piedras preciosas.

Pues bien, Hirszenberg nos presenta en su cuadro á un rabino que con cuatro aficionados al estudio del Talmud, han pasado la noche buena del mes de Adar de la manera que hemos dicho. Ya están iniciados en el estudio del Talmud y comprenden sus bellezas, y así han pasado la noche olvidándose de comer, beber y dormir. La vela se ha consumido, la claridad del día empieza á penetrar en el aposento donde están reunidos. Uno de los aficionados se ha dejado vencer por el sueño, otro á duras penas logra mantener los ojos abiertos; dos siguen leyendo y escuchando y el maestro, el rabino, continúa absorto en la lectura, meditando y explicando de vez en cuando lo que ha leído. En cuanto al mérito de la obra de Hirszenberg pueden apreciarla nuestros lectores por el grabado que se publica en este número.

El archiduque Francisco Fernando de Austria

Como complemento de la serie de retratos de algunos individuos de la familia imperial de Austria, que publicamos en uno de los anteriores números, insertamos hoy el del archiduque Francisco Fernando, hijo mayor del archiduque Carlos Luis, hermano del actual emperador, y su presunto sucesor á la corona á consecuencia de la trágica muerte del príncipe Rodolfo.

De llevarse á efecto los deseos que según parece ha demostrado el archiduque Carlos Luis, su hijo mayor será quien ciña dicha corona, y en este concepto ofrece cierto interés de actualidad el retrato que por tal motivo incluímos hoy en nuestras páginas.

ATAQUE Á LA PROPIEDAD AJENA, cuadro de H. Biedermann-Arendts

Desde hace bastante tiempo se aplican los pintores alemanes á la reproducción de escenas de la vida animal, pero con su especial tendencia al género que necesita más observación y talento de imitación que genio creador y sentimiento profundo, y bajo este punto de vista tienen un buen número de artistas, cuyas obras rivalizan con las de los mejores artistas franceses, como Rosa Bonheur y los ingleses. Una de las principales obras de esta clase, presentada en la Exposición internacional de Munich del año pasado, fué sin duda el cuadro de la Sra. H. Biedermann-Arendts, de cuya obra damos en este número una buena reproducción. Representa una perra con sus tres cachorros instalados en un barril vacío; dos gallinas merodeadoras del corral han descubierto la gamella de la sopa de leche destinada á la familia perruna, y sin respetar el derecho ajeno dan picotazos al pan remojado. Uno, el más valiente de los cachorros, intenta defender la propiedad de la familia, pero con la cobardía propia del animal que no conoce todavía el mundo, mientras otro individuo de la cría prefiere acogerse á lugar seguro y se mete en el fondo del barril, al amparo de su madre.

EL PIRANDO NEGRO

I

El templo está silencioso; la luz penetra débilmente por las altas ventanas; el espíritu de Dios flota en aquel espacio consagrado; las almas unidas en una misma aspiración exhalan el perfume de las oraciones.

En el altar mayor, que resplandece como recordando los esplendores del cielo, se efectúa el misterio que completa la redención humana; el Señor sacramentado está allí; allí están los dos infinitos; el Creador y la creación; el amor presente y las promesas futuras.

Frente al Santuario velan los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los de alta inteligencia y los ignorantes, realizando la igualdad humana y fijo su pensamiento en aquella mística Hostia que se ofrece á todos, en la vida de la carne y de la eternidad.

Habéis entrado en la casa de Dios á rendirle gracias por vuestras prosperidades ó á rogarle que aparte de vosotros el cáliz de la amargura, ó quizá á pedirle que os perdone vuestros vicios ó vuestros crímenes. Dobláis la rodilla en tierra; olvidáis el tráfago de la vida, las miserias humanas; no os espanta la idea de la muerte, impotente contra vuestra alma; recordáis los derechos de ésta, y vuestro espíritu se llena de amor hacia el Creador, y de fe en sus inefables promesas.

Súbito oís una voz débil, pero clara, que dice:

– Señora ó caballero, ¿puede V. socorrer á un cesante de Estado?

Aunque os fijéis en esta frase; aunque veáis á vuestro lado una especie de hombre, maniquí viviente envuelto en un sudario negro, no comprendéis el sentido de aquella interrogación, porque la voz no marca la diferencia de las letras mayúsculas y minúsculas. – ¿Cesante de qué estado? – os preguntáis; – ¿del honesto, del de el matrimonio, del de hombre quizá? – Vuestro primer movimiento es de disgusto, de repulsión, porque aquella voz plañidera os ha hecho descender de los altos limbos á que os habéis elevado; pero, *charitas patiens est, benigna est*: sacáis una moneda y la dejáis caer en una mano descarnada, cuyos dedos se asemejan á un manojo de sarmientos.

Aquel fantasma humano, ó mejor dicho inhumano, se desvanece en las venas de la sombra del templo, y oculto en la penumbra de algún pilar, acecha una nueva víctima. Aquel ogro casi eclesiástico, pues la iglesia es el palenque en donde lucha contra la miseria, aquel espectro de la conciencia, más cruel que el mendigo de



LA POETISA BEATRIZ DI PIAN DEGLI ONTANI, de fotografía

Espronceda, no disgusta á vuestros sentidos con su *punzante mal olor*, sino que hiere vuestro espíritu haciéndoos recordar los puntos negros é ininteligibles que manchan la armonía del Cosmos.

En vuestra casa, en los caminos, en los teatros, en los cafés, en las calles, estáis expuestos á llevar un sablazo (no explico esta frase, porque supongo que el lector la conoce); sólo en la iglesia, y especialmente en las *Cuarenta Horas*, desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde os halláis en peligro de sufrir *arañazos*, tanto más molestos, cuanto son más imprevistos.

II

Piri en la jerga de la miseria, quiere decir comida, y de esto se deriva la palabra *Pirando* que es sinónimo de hambriento necesitado; es como un mote de oficio, un estigma de perdición, una clasificación con que se designa á una variedad de la especie planta-humana, entre las que vegetan en medio de un enigma eterno: el día de mañana. Todos los españoles vivimos dentro de ese enigma, aunque el mañana sea más ó menos lato según la posición social. El grande de España ignora si el día de mañana conservará su título y su grandeza; el ministro de Hacienda no sabe si podrá cubrir las atenciones del mes próximo; el banquero no está seguro de no suspender sus pagos; el torero... preguntádselo á Frascuelo.

España es un país de poetas y filósofos; esto constituye nuestra grandeza y nuestra pequeñez; todos los españoles sabemos que, como dice Castelar, el mal desaparece en el conjunto, en lo universal, en lo eterno; que la víbora, ó sea el hambre, puede picar al hombre, pero no á toda la humanidad.

De aquí resulta que el arañazo, el sablazo, la deuda y el empréstito están en España á la orden del día, y los españoles respiramos más tranquilos en medio de estas cosas, *per secula seculorum*, que Miss Lurline durante dos ó tres minutos en el fondo de su *aquarium*.

El Pirando tiene la estatura de un niño de trece años y la cabeza como la del gigante Ferragus que defendía la puerta de Mantible. Sus ojos son grises, con la niña blanca y la córnea amarillenta, á causa de vejez prematura: estos ojos, que se hacen vivos y penetrantes en la iglesia durante sus trabajos de gato cazador, fuera del lugar sagrado adquieren la expresión inerte de los de un fantasma mirando el interior de un sepulcro. El cuello de cigüeña del Pirando se incrusta en un busto raquítico y deprimido, bajo el cual resalta un abdomen inconmensurable.

Es un hombre-vientre; desnudo debe parecerse á un feto hidrópico.

Lleva un carrik negro, hecho tal vez de una sotana, pero de tan poco vuelo que parece un sudario chorreado de gotas de cera, ya amarillenta como los paños tumulares; y de esto proviene el apodo de *Pirando negro* con el que es conocido entre los menesterosos de su gremio. En el templo anda con una lentitud espectral sin hacer ruido, como la pata afelpada del leopardo; pero por la calle camina apresuradamente, haciendo escarceos, variando de dirección y cojeando, no sé si por causa de los pies ó del calzado, de suerte que cuando el aire levanta las aletas de su carrik se asemeja á un murciélago con una ala rota.

III

Cumplida su misión matinal, después de los *arañazos*, el Pirando, de pordiosero se transforma en hombre de mundo; su carácter se hace altivo, sus aspiraciones elevadas. No habla más que de política y de cosas aristocráticas: son sus pasiones, así como el juego es su vicio. Si queréis gozar de su conversación, id á las horas de comer á alguno de los cuatro famosos *restauranes* conocidos con los nombres de *Pote venenoso*, *Hotel ful*, *Quejido ahogado* ó *Epopeya*. En este último es más difícil que le halléis, porque se come por lista y no se sirven cubiertos á cuatro reales; y el Pirando, en el poema de su vida, se inclina más á los episodios. Si le encontráis comiendo, no necesitaréis hacerle hablar, él inmediatamente *provoca* la conversación.

– ¿Qué hora es, caballero? – os preguntará – mi reloj está parado.

– Tal hora.

– ¡Caramba, qué tarde! Querrá V. creer que con esa maldita votación del Congreso se me ha olvidado que hoy es día de San José y que debía ir á dar los días á Pepe Alcañices y á Pepe Medina-Sidonia; pero á bien que todos los santos tienen octava.

Los susodichos personajes y otros, son amigos y contemporáneos suyos.

A veces en mitad de la conversación exhala un suspiro y exclama:

– ¡Pobre Mariano!

Alude al difunto Duque de Osuna.

La cuestión social le preocupa mucho, porque como no tiene nada que perder teme á la Internacional y por un raro contraste, aunque ferviente católico, recela de la Compañía de Jesús, y no entra nunca en un café que hay en la calle de Alcalá porque dicen que está regentado por un jesuíta.

Durante las épocas en que los suyos no están en el poder se distrae de la política y se entrega al demonio del juego. Vive en un arrabal de las afueras de Madrid (no diré cuál porque no quiero ser delator); en este arrabal está la *timba* de los ciegos. Allí, estos honrados industriales se despluman mutuamente todas las noches; en aquella *partida* el Pirando es el único que ve, ó mejor dicho, que no ve que los ciegos le echan *barajas de vista*.

IV

Durante el bienio progresista de 1854 á 56, un Ministro... también en este relato debo ser discreto por razones que más adelante conocerá el lector. Digo que un Ministro acostumbraba á salir de su Ministerio á las altas horas de la noche y tanto porque vivía cerca, cuanto por dar un paseíto higiénico, se retiraba á pie á su casa.

En aquella época todos los faroles de la vía pública se apagaban á las dos de la mañana, y el Ministro, un tanto rezagado de su hora acostumbrada, se dirigía solo á su domicilio, envuelto en la más completa oscuridad.

De repente una noche sintió un bulto que se le aproximaba y oyó una voz que le dijo:

– Permítame el señor Ministro que le acompañe, que le alumbre y que le hable.

Y casi instantáneamente brilló la luz de una linterna, hasta entonces cerrada.

El bulto de la linterna era un cesante de carne y hueso, que cansado de hacer antesalas en vano, ideó aquel ingenioso medio de ponerse en contacto con el Ministro. Habló á éste de sus años de servicios, de la injusticia con que había sido separado de su modesto destino, y el Ministro que era algo poeta se sintió conmovido, le pidió una nota, prometió colocarle y dejóse acompañar por él hasta la puerta de su casa.

Este encuentro se repitió algunas veces; siempre que el alto funcionario salía del Ministerio á hora avanzada se encontraba al cesante con su linterna. El pretendiente alumbraba el camino del Ministro, si llovía le tapaba con un paraguas, hacíale reparar en los charcos para que no se mojara los pies, le acompañaba hasta la puerta de su casa, y en resolución, estaba tan solícito y obsequioso, que éste se propuso colocarle inmediatamente.

Una noche oscurísima el Ministro se encontró con el cesante y ambos comenzaron á seguir su acostumbrado trayecto.

– Amigo mío, – dijo el Ministro, – mucho he tenido que trabajar en favor de V. ¡Ya se ve, son tantos los pretendientes!

Llegaban á la mitad de la calle de Carretas. Al cesante le palpitaba el corazón.

– He pedido informes sobre V. que han resultado favorables, – continuó el Ministro; – me he hecho cargo de que V. no podía vivir con el mezquino sueldo que antes tenía; he acechado una vacante en Bocigas y... en fin, ahí tiene V. su credencial.

El pretendiente, con mano trémula de alegría, la tomó de la del Ministro, dejó su linterna en el quicio de una ventana que había á la entrada de la calle de la Concepción, desdobló el pliego, le arrimó á la luz y comenzó á leerle.

El Ministro le miraba con la satisfacción del bueno que hace un beneficio.

– ¡Y con ascenso! – exclamó el nuevo empleado, después de algunos minutos. Luego, tomando su linterna, añadió: – ¡buenas noches! – y se alejó precipitadamente.

El Ministro, que esperaba una explosión de gratitud, se quedó solo, á oscuras en mitad de su camino y estupefacto.

V

Pues bien, el Pirando fué el pretendiente de la linterna, pero después ha ensanchado sus relaciones y ahora se codea con las eminencias políticas del partido fusionista. El día de la última crisis ministerial, le encontré en el *Hotel ful*, comiendo apresuradamente, él que suele ser cachazudo.

– ¿Cómo tan de prisa? – le pregunté.

– ¿Pues que no sabe V. la novedad?

– ¿Cuál?

– Crisis declarada.

– ¡Ah!

– Yo he estado todo el día en casa y me vuelvo á ella.

– ¿Pues cómo?

– Es casi seguro que el Presidente del Consejo me llamará.

– ¿Para alguna cartera?

– ¡Claro!

– ¿Y V. aceptará?

– ¿Y qué he de hacer? Sagasta es antiguo amigo y no he de dejarle en las astas del toro.

– ¿Supone V. qué cartera será?

– ¿Cuál ha de ser? la de Estado.

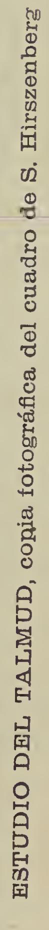
CARLOS COLL



EL SUPLICIO DE TÁNTALO, copia directa de un dibujo de L. Bokelmann



¡ADELANTE! cuadro de Yaroslav Vesin, según fotografía de Pernat, de Munich



ESTUDIO DEL TALMUD, copia fotográfica del cuadro de S. Hirszenberg



BOSQUEJO DE AFICIONADO

Número 130. Estatuíta antigua. Bronce. Fortuna en pie y tutulada, con manto y un cuerno de la abundancia en la mano derecha.

Número 131. Id. Joven vestida estrecha y adornada de collar y brazaletes.

Número 132. Adolescente llevando en la mano el *camillum* ó caja del incienso.

Número 133. Vaso pintado. Danza. Mujeres ejecutando la *cybistesis*.

– La *cybistesis*, eso es Basta por hoy. Vamos á dar una vuelta por el palacio de las ventas.

El que así hablaba era un aficionado, joven todavía, Jorge Riverín, que de acuerdo con su amigo y confidente Garcerie, trabajaba en redactar el catálogo de su colección. Como se ha visto no economizaba los términos térnicos.

Los padres de Riverín habían deseado apasionadamente que su hijo fuera artista. «¡Artista! – decía su padre... – es el más bello destino. Ellos, los artistas, son los dueños del mundo. ¡Un pintor! ¡Oh! ¡un pintor se codea con los príncipes!

El y su mujer eran de esas cabezas débiles que acogen fácilmente y sin examen las ideas vagas y falsas que circulan. Despechado de no haber podido él ser pintor, observaba curiosamente en el niño Jorge, su hijo único, los más ligeros indicios que pudieran revelar aptitudes artísticas inspirando la fausta esperanza de que pudiera un día «codearse con los príncipes.»

Una vez, acompañado de su hijo, que á la sazón tenía cinco años, estaba esperando el ómnibus, para ir á Batignolles. En esto pasó un coche verde.

– He aquí nuestro ómnibus, – dijo el padre.

– No, papá, – contradijo el niño; – el nuestro es un ómnibus amarillo.

Sorprendido y aun admirado el padre, no se olvidó de referir el caso á su mujer, luego que estuvo de vuelta, añadiendo:

– ¡Cómo tiene desarrollado el sentido del color! ¡Oh! ¡será un gran colorista... un veneciano!

Jorge, bastante inteligente, recibió la educación más variada y completa: literatura, bellas artes, todo lo que quiso estudió. Luego viajó, leyó y llegó así á la juventud.

De regreso de una excursión artística, comenzada por la *Pinacoteca* de Munich, y terminada por el *camino verde de Dresde* (porque era tan aficionado á los marfiles, á los cristales y esmaltes como á la pintura) hubo de encontrar el bueno de Jorge á sus padres, siempre solícitos de su porvenir, instalados en una nueva casa, no menos grande y cómoda que un palacio. Su padre había comprado un hotel en el barrio de Monceaux, avenida de Ruysdael, pagándose de vivir en una calle que llevaba el nombre de un famoso artista.

En el piso superior se había dispuesto con el mayor gusto y sin escasear gastos, un estudio con muy buenas luces y adornado de objetos y muebles tan preciosos como raros, sin que faltara ni un piano de cola.

En el fondo un estrado de dos gradas, lugar destinado á los modelos y á las damas que quisieran retratarse; y estas gradas revestidas con una hermosa piel de oso blanco, fija con triángulos.

Jorge dió las gracias á su madre por haberle preparado este *paraíso;* desde aquel día, pues que tenía ya un estudio, se convino en que era pintor.

A la verdad, Jorge no pintaba mucho; pero recibía á sus amigos en su estudio por las tardes. Sus padres se retiraban discretamente en estas ocasiones y lo dejaban á sus anchas entre *aquellos jóvenes.* Algunos de estos jóvenes frisaban ya en los cuarenta años.

Entonces fué cuando se asoció con Garcerie, que más tarde debía ayudarle en la redacción de su catálogo.

Garcerie pasaba por un *crítico,* por un *escéptico.* Jamás había manejado un pincel ni una pluma, ni se le vió nunca sentarse al piano. Con todo eso, sobre pintura, literatura y música, daba fallos que en su círculo tenían fuerza de oráculos.

Aconsejaba con insistencia á Riverín á reflexionar mucho antes de ponerse á trabajar. Era menester guardarse de la santa rutina; era preciso profesar el santo horror á lo convenido... Si Riverín le hablaba de un cuadro de historia que meditaba y le explicaba su disposición, Garcerie se encogía de hombros, diciendo: «Delacroix entonces.» Si, al contrario, se trataba de un cuadro de género, tomaba su sombrero y su bastón diciendo: «¡Oh! si sientes la necesidad de volver á los holandeses!...» Cualesquiera que fuesen las concepciones de su amigo, suscitaba siempre alguna objeción.

El mismo se complacía en la irresolución y se gozaba en impedir á los demás que perseveraran. Parecíale la vida como un camino sin objeto; creía que hay que guardarse de ser bastante necios para procurar construirla, modelarla, según un plan, y que vale más considerarla como una simple serie de días que perder de la manera más grata que sea posible. Un almuerzo con amigos y amigas, una repetición, un embarnizado, una discusión de estética, una sentada en una cervecería con cristales á la calle, y tantos otros medios excelentes, en su sentir, para pintar agradablemente el curso de las horas.

Una vez hizo un viaje de dos meses, y libre ya Jorge de aquella influencia negativa, se fió de nuevo en sus fuerzas y bosquejó un gran cuadro, la Fortuna con su rueda. El asunto no era nuevo, pero no importaba: su obra no iba mal. Al regreso de Garcerie, ocultó la pintura bajo un velo, que quitó prontamente para que su amigo pudiera apreciar la obra maestra.

Garcerie exclamó entonces:

– ¡Oh! no enseñes eso á nadie... te pondrías en ridículo, y todo el mundo se te vendría encima, llamando á tu Fortuna la *mujer del velocípedo.*

El cuadro permaneció allí.

A consecuencia de este fracaso, decidió Riverín consagrarse al paisaje, y Garcerie mismo lo exhortaba á ello.

– He aquí para lo que me creo con menos aptitudes en el arte de pintar.

– Seguirás un curso.

– Pero tengo ya treinta años; soy ya viejo, y necesitaría muchos años antes de tener *una nota personal.*

– Corot no comenzó á darse á conocer hasta los cuarenta años.

Riverín frecuentó un estudio célebre. Sus padres lo alentaban y cuchicheaban misteriosamente diciendo:

– Jorge será un buen paisajista.

Hiciera ó no hiciera, lo animaban y aun lo admiraban, y engañados siempre en sus esperanzas, esperaban indefinidamente. Jorge no fatigaba nunca sus anhelos, disponiendo de un crédito ilimitado.

Por lo demás, no era el único de su especie. Tenía por amigos á muchos hombres de su edad, rezagados que habiendo nacido ricos y no estando impelidos por la necesidad, continuaban, largo tiempo después de la edad de la escuela, estudios de pintura ó de música. Trabajaban con profesores, y esto solía traer graciosos errores. Un día, por ejemplo, dijo uno de ellos en casa de un extraño:

– Os dejo para ir á una lección.

– ¿Tenéis discípulos? – le preguntó el otro con cierta sorpresa.

– No; voy á tomar una lección.

Casi todos ellos habían cultivado sus aficiones. Se conocía que habían leído, llevado una vida feliz, vivido desde muy temprano entre lienzos, bronces y mármoles. Componíanse cabezas: el uno pretendía tener un perfil que podría figurar en la moneda; el otro creía poder atribuirse una cara de la Edad media desviada bajo el tipo moderno; este se esforzaba en parecerse á Caracalla ó á Lucio Vero; aquel á un patricio de Génova; estotro al Hamilcar de Haubert. Así, sus caras mismas marcaban una época erudita y refinada, un tiempo en que vuelan por los aires ideas, imágenes sabias, todo un rico polvo artístico y arqueológico.

Paseábanse todos juntos y divagaban por los bulevares recreándose en el aspecto raro y brillante de las cosas y haciendo observaciones sobre las mujeres de vida airada que andan en traje de viudas, ó saboreando el olor místico, olor á incienso, que se respira de pronto, á dos pasos del arroyo, el cual olor proviene del mostrador de un mercader ambulante de piernas desnudas y gorro de Fez, que vende pastillas del serrallo.

Después sentábanse á la mesa de un café, discurriendo sobre Renán ó Gustavo Moreau, ó de Wagner, acusando al público, que no tiene predilección por las obras cinceladas.

Riverín se sentía á veces poseído de enojo deplorando tantas horas perdidas. ¡Qué garrulería! ¡Cuántos cigarros! Durante este tiempo ¿no se podía producir é imponerse? Entonces se encerraba y no abandonaba su estudio sino para sus lecciones.

En estas encerronas hubo de bosquejar muchos paisajes, cuyo título improvisaba desde luego, generalmente con todo este gusto: *El Otoño desde lo alto de la landa de San Crescente;* ó bien: el *Sol poniente en el valle de Nainville;* ó *En el bosque en las cercanías de Montmartre.*

Garcerie lo exhortó á acumular todas sus fuerzas sobre el *Bosque en las cercanías de Montmartre.* Tratábase de *no proceder de nadie;* importaba no parecerse á Rousseau, ni á Dupré, ni á Díaz, ni á Daubigny. Pero á fuerza de concentrarse, de raspar, de repintar, se hartó Riverín de cuadro. «No lo veo ya,» decía. Garcerie le sugirió la idea de volverlo, de ponerlo al revés, para contemplarlo. Así, aun lo *veía* un poco.

Durante este período, dábase aires Riverín de hombre ocupado, de artista aferrado á su labor, para quien es enojoso todo contacto con el mundo exterior. Salía tarde; si había apertura de alguna exposición importante, llegaba al terminar, andando aprisa, saludando con la mano á la ligera, con la barba en desorden y el paletot tirado con abandono sobre su traje de trapillo.

Con todo eso llegó á dudar que hubiera nacido para el paisaje. Un momento se creyó *pastelista nato;* otro momento más ó menos feliz, se dió por *animalista puro,* y pensó seriamente en la acuarela.

– Yo creo, – le dijo Garcerie, – yo creo que eres más bien crítico.

Entonces se resolvió á escribir en un periódico de arte. Su familia aprobó desde luego y aun aplaudió esta *nueva evolución.* Se corrió la voz de que iba á publicar una serie de artículos, como Fromentin. Y se le recomendó y se le facilitaron los medios de obtener honrosos triunfos.

Garcerie le aconsejó al principio que tomara un seudónimo; pero sobre todo ingenioso. Riverín debía firmar sucesivamente: *Maugis – Briebmont – Mortemer – Sagitta – De Volpierre* – Pero por más que meditaba no sabía en qué fijarse.

Pensó también en el asunto de los artículos. – Evitemos, – repetía Garcerie, – evitemos los golpes falsos. – Riverín endilgó un estudio titulado: *El Arte de los Cuatrocentistas* acumulando notas tomadas de Vasari, de Facio, de Ciriaco de Ancona. Después discutió con Garcerie el plan de un ensayo sobre *Fastorino de Siena* y *los Medallistas del Renacimiento.*

Y se determinó á trazar las primeras líneas: «Fastorino representó con la mejor gracia las complicadas elegancias de las mujeres de su tiempo.» Y salió para descansar, y se encontró en la calle á un su amigo con Rosa-Alina.

Rosa-Alina era una judía, á la vez modelo y favorita del amigo. Su fino rostro de tipo asiático hubo de impresionar á Riverín. La vió tomar postura y admiró sus brazos de forma correcta, sus torneadas manos y la actitud noble de toda su persona.

– ¡Qué modelo! dijo á Garcerie. Siento haber abandonado la pintura de historia, porque hubiera querido vestir á esta joven semita de reina judía en un cuadro de historia bíblica, por ejemplo: *Berénice* en el templo para un voto de Nazireato (véase Renán). Esta hermosa joven con diadema, con túnica, con perlas, con su expresión dulce y astuta á la vez, sería una gran figura, y alrededor de ella los esplendores del santuario. Hubiera sido preciso alinear en sus ropas caracteres hebraicos, como en el Van-Eyk del Prado en Madrid.

– O como en la orla del manto de la Virgen de Metsys, en el mismo museo, – añadió Garcerie.

Riverín acarició luego la idea de pintar á Rosa-Alina en un traje que recordara el de la *Desposada judía,* de Rembrandt. Después, habiendo leído un artículo de la *Revista de Ambos Mundos,* prefirió hacer de ella una Delia, como se *dirá en la nota,* explicaba á Garcerie. Aquellas meretrices de Roma eran judías ó sirias, y Rosa-Alina, con su cara deliciosa, sería Delia, la cortesana mitrada, comedianta, música, que sabía llorar bastante artísticamente para arrancar estas palabras al poeta: «¡Oh! ¡cuánto me gustas en lágrimas!»

Habiendo visto Garcerie á Rosa-Alina, declaró á su vez que lo que se podría sacar de ella era una Ester de primer orden.

– ¿Ester? – dijo Riverín. – Sí, Ester, la sultana pérfida, perfumada, afeitada, que como una maga da un filtro al rey Asuero, y por salvar á su raza entrega al rey su bello cuerpo.

Pero, finalmente, prefirió representar á Rosa-Alina de Monima, «la princesa embriagadora, con su fausto semibárbaro, con los brazos cargados de brazaletes y el seno de pesados collares.»

Por desgracia no pudo poner en ejecución tan bello proyecto.

A fuerza de fumar, de trasnochar, de discutir hasta las tres de la madrugada y de recorrer las exposiciones y los espectáculos, cayó peligrosamente enfermo, y como era hijo de padres viejos tenía poca savia y menos fuerzas. Con esto, no tardó mucho el médico en desahuciarlo: sucumbía de consunción, de anemia.

A pesar de todo, solía trabajar algunos días. Garcerie seguía visitándolo, y volvieron á la redacción, tanto tiempo suspendida, del famoso catálogo.

Un día estaba Riverín en vena de dictar:

«N.° 241. Llave de arbaleta. – 242. Llave de caña redonda; imbricaciones grabadas. – 243. Plato de porcelana etrusca con una inscripción en el *marli*...»

Garcerie lo interrumpió.

– Hay que cambiar, – dijo, – la copia de la primera parte. ¿A qué viene á parecerse esto?... Encarga letras góticas, tintas de color, títulos...

Pero Riverín le dió á entender que se sentía peor.

Se repuso un poco y comenzaron á departir. Riverín estaba muy triste:

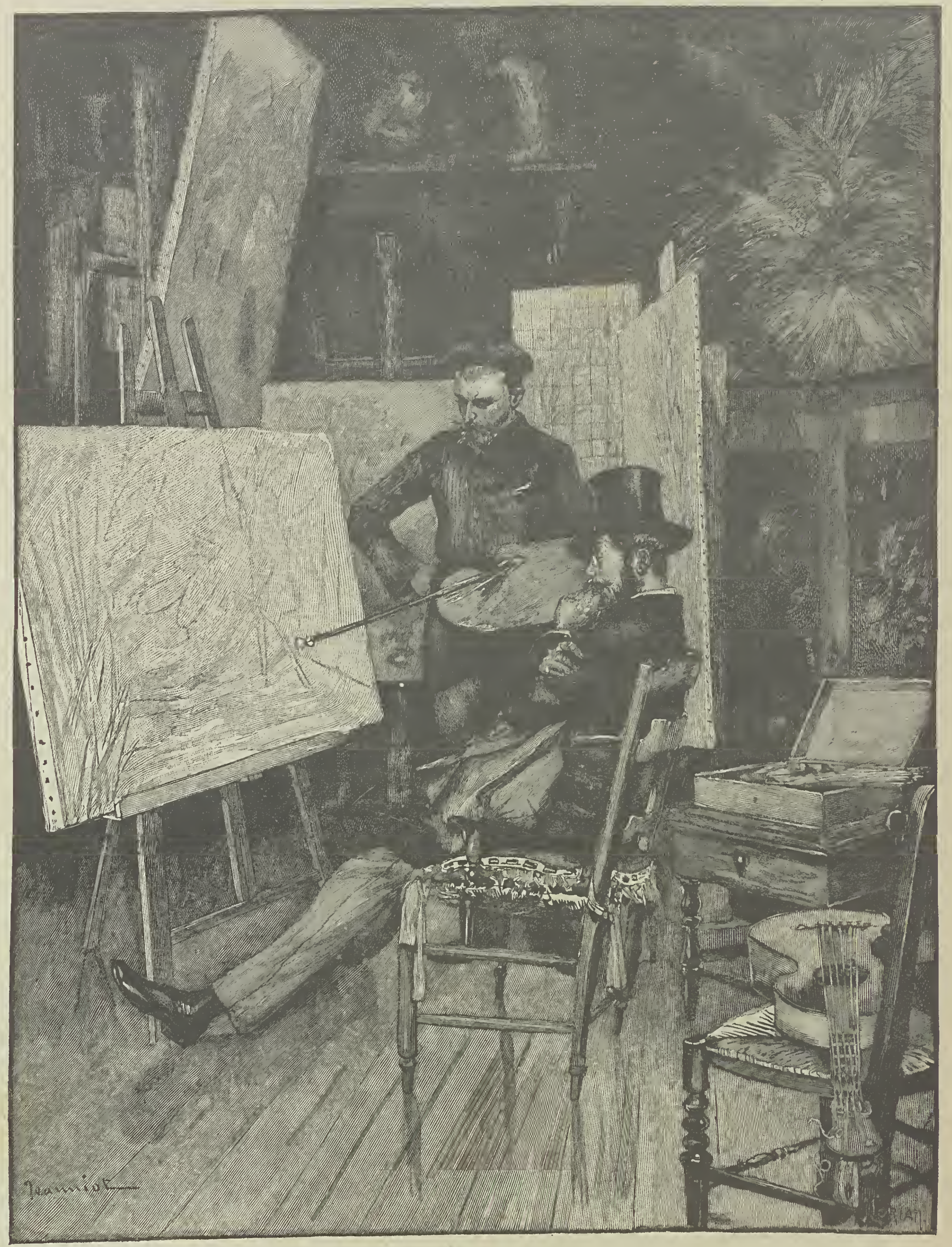
– ¡Morir! *¡Volver al gran Todo!* – dijo entre dientes. – Pero no; yo quiero sanar, quiero ilustrarme. ¡Cuánta queja tengo del destino! Yo habría podido ser un gran artista si hubiera...

– ¿Qué te ha faltado? – preguntó Garcerie. – En cuanto expresabas un deseo era satisfecho. Has tenido maestros, viajes, colecciones, libros, tiempo.

– ¡Ah! – exclamó Riverín, haciendo un supremo esfuerzo para incorporarse. – «Me ha faltado... el obstáculo »

Y volvió á dejarse caer sobre las almohadas, muriendo en los brazos de su amigo.

FÉLIX NAQUET.



BOSQUEJO DE AFICIONADO, *dibujo de Jeanniot*

NOTICIAS VARIAS

STANLEY. – *La Independencia belga* publica algunas noticias que, acerca de la expedición Stanley, le ha proporcionado el teniente Baert, el cual acaba de regresar á Bruselas procedente de las Cataratas de Stanley, después de vivir un año con Tippo-Tip, á cuyo servicio estaba en calidad de secretario.

Baert se hallaba en dichas Cataratas durante el período que tuvo por epílogo el asesinato del Mayor Barttelot, y también cuando llegaron del Aruhuimi los enviados de Stanley encargados de entregar á Tippo-Tip de parte del heroico explorador la carta que todo el mundo conoce, y con este motivo tuvo ocasión de adquirir de ellos indicaciones curiosas sobre la marcha de la expedición.

Los dos mensajeros de Stanley llegados á las Cataratas el 25 de agosto de 1888, dice el teniente Baert, tenían el rostro demacrado, pareciendo haber soportado grandes privaciones. Aleccionados sin duda por Stanley, quien se reserva contar él mismo sus aventuras, contestaron á las preguntas que se les hacía limitándose á parafrasear su carta, y diciendo que todo había marchado á pedir de boca; pero su aspecto desmentía sus palabras. El teniente Baert marchó en persona desde las Cataratas á Yambuya, y desde este punto á una jornada más allá por el camino seguido por Stanley para ir en socorro de Emín, habiendo penetrado en un país pantanoso, cruzado por ríos casi impracticables y lleno de altas hierbas entre las que la expedición tuvo que abrirse paso haciendo que cincuenta hombres las cortaran á hachazos.

Más allá las dificultades debían ser mayores, porque según confesión de los mensajeros, Stanley invirtió diez meses en recorrer el trayecto de Yambuya á Wadelai, mientras que después de haber sido provisto de víveres por Emín sólo ha necesitado ochenta y dos días para regresar hasta Nurenya, última localidad ribereña del Aruhuimi, río que Stanley designa en su última carta con el nombre de Bananya, y que está situado á siete días de marcha de Yambuya. Además, los enviados del explorador han confesado que al llegar la expedición casi al término de su viaje, le había sucedido una peripecia dramática, viéndose obligada á trabar una lucha con los habitantes de un pueblo situado á orillas del lago Alberto Nyanza, y que, según dicen, son unos gigantes. En su pintoresco lenguaje añaden: «Estos africanos son tan altos sentados como nosotros de pie.» El citado teniente cree poder inferir de estos hechos y noticias que la expedición ha tenido que hacer los más rudos esfuerzos para llegar á Wadelai, y en último resultado Emín-bajá habrá debido socorrerla en vez de ser socorrido por ella.

Añade Baert que en el momento de salir de las cataratas, llegaba un nuevo paquete de cartas de Stanley para Inglaterra, cartas posteriores á la publicada recientemente, y escritas cuando el explorador retrocedía, saliendo de Nurenya para efectuar otra vez su reunión con Emín. Estas cartas llegarán probablemente á Europa en el mes de marzo.

Según dicho teniente, Stanley no regresará á Europa por el Congo ni por Zanzíbar, sino por otro punto de Africa, ó después de reconquistar á Khartum, quizás en compañía de Emín. Intentará lo que se proponía Gordon, lo que el general Wolseley no pudo hacer; se esforzará por arrancar el Sudán al mahdi y devolverlo á la civilización.

Sir Francis de Winton cree por el contrario que Stanley volverá por la costa oriental.

El teniente Baert ha hablado en fin del papel que ha desempeñado Tippo-Tip, y he aquí cómo explica la negativa de este árabe á acompañar á Stanley á Wadelai.

A Tippo-Tip no le han faltado ganas de reunirse con Stanley; pues habría podido comprar por el camino gran cantidad de marfil, y hubiera hecho un magnífico negocio; así es que vaciló mucho antes de renunciar. Después de reflexionarlo, los escrúpulos más honrosos le han decidido á permanecer en su puesto.

Sabía que el rey Leopoldo estaba interesado en la expedición Stanley; pero el *modus vivendi* establecido en las Cataratas le ha parecido de fecha demasiado reciente para poder arrostrar en estos momentos los riesgos de una ausencia prolongada. Tales ideas son las que ha tenido en cuenta el valí para abstenerse de reunirse con Stanley. En cambio ha enviado al explorador una fuerte caravana de refuerzo, compuesta de muchos centenares de hombres y mandada por un pariente suyo, Selim-ben-Mahmed, rico traficante de Zanzíbar, perfecto conocedor de los países del Aruhuimi, y poseedor de cuanto es necesario para secundar poderosamente la expedición Emín. Esta caravana debe haber efectuado á estas fechas su reunión con la de Stanley. En una palabra, el rey Leopoldo y Stanley tienen en Tippo-Tip, no un enemigo secreto, sino uno de los más preciosos auxiliares, destinado á ser un importante mediador entre la civilización blanca y la barbarie negra.

(La Exploración)

* * *

EL ANTIESCLAVISMO EN AFRICA. – *Estaciones de los misioneros.* – Las naciones interesadas en las misiones del Africa oriental son Inglaterra, Alemania y Francia: las misiones pertenecen al catolicismo ó al protestantismo.

Las inglesas protestantes son las de la Iglesia anglicana (episcopales); las de las Universidades (episcopales); de la Iglesia establecida de Escocia (presbiterianas); de la Iglesia libre de Escocia (presbiterianas); de las misiones de Londres (congregacionistas), y de las Iglesias libres metódicas unidas. No hay misión inglesa católica romana.

Las estaciones de la misión de la Iglesia anglicana se dividen en dos ramas principales, la más antigua de las cuales es la de Mombaza, en la costa; la otra, la del Victoria-Nyanza, tiene su base de operaciones en Zanzíbar. A la primera pertenecen las estaciones de Mombaza, Frere Town, Rabai, Kamilikeni, Kisuludini y Schiemba, situadas en el territorio del sultán de Zanzíbar; la de Teita está en la esfera de influencia inglesa y la de Chagga reconoce el protectorado alemán. La Sociedad posee un vapor que hace viajes de Mombaza á Zanzíbar. Las estaciones siguientes pertenecen á la segunda rama: Mamboia, Mpuapua, Kuokué en el U-Sagara; la de Uyui en el U-Nyaniembé; Mtingira en el U-Sukuma; Usambiro, Msalala y Nasa en el ángulo Sudeste del Victoria-Nyanza, y Rubaga en el U-Ganda. No todas estas estaciones están ocupadas en la actualidad, por oponerse á ello la dificultad de enviar refuerzos, y además puede suceder que algunas sólo lo estén transitoriamente.

La misión de las Universidades consta de dos ramas, teniendo la principal, que es la de Zanzíbar, un puerto de mar; la otra es la rama del lago Nyassa, cuya base de operaciones es Quilimane, en la colonia portuguesa, puerto que el Zambezé y el Chiré ponen en comunicación con las estaciones del interior.

Dependen de la primera rama las estaciones de Zanzíbar, Mkusi, Amba, Magila, Misosué, en el U-Sambara; Masasi, Newala, Chitangall y Mtua junto al río Rovuma,

y otras muchas más pequeñas. A excepción de la de Zanzíbar, todas están en la esfera de la influencia alemana. A la segunda rama pertenecen las estaciones de la isla de Lukuma, en la costa oriental del lago Nyassa, de Chitesi y de Mayenda. La Sociedad tiene un vapor para navegar por el lago.

La Iglesia establecida de Escocia tiene la estación principal de Blantyre, junto al lago Shirwa, con otras anejas en comunicación con Quilimane por el Chiré y el Zambezé.

Las estaciones de la Iglesia libre de Escocia son Bandaué en la costa occidental del lago; A-Ngoniland en la meseta; Karonga en el extremo N. O. del lago; la del cabo Maclear, al S. de éste, y la de Kikus en la meseta. Un vapor mercante, perteneciente á una compañía comercial, mantiene expeditas las comunicaciones entre el lago y Quilimane.

La Sociedad de las misiones de Londres tiene la estación de Urambo en el U-Nyamuezí; las de las islas Kavala en la costa occidental del Tanganika y de Fambo en la orilla meridional de este lago; las dos últimas están en comunicación con Quilimane por el camino Stevenson, entre los grandes lagos, el Nyassa, y los ríos Chiré y Zambezé; la de Urambo lo está con Zanzíbar al través de un territorio situado en la esfera de la influencia alemana.

La Iglesia libre metodista unida posee las estaciones de Rivé y Yomvú cerca de Mombaza y la de Golbanti en el país de los Gallas. La situación de ésta es peligrosa, y el año pasado fueron asesinados un misionero y su mujer junto con muchos cristianos indígenas.

Las misiones protestantes alemanas son las de Neukirchen, Baviera y Berlín. La primera tiene la estación de Nago, en el país de los Gallas y en la orilla septentrional del Tana. Es una misión reciente que ha pasado por terribles pruebas; su base de operaciones está en Vitu, y funciona en el país de los Wa-Pokomo.

La misión bávara tiene las estaciones de Mbungu y de Jimba cerca de Mombaza; esta misión, muy reciente, se propone catequizar á los Wa-Kamba.

La misión berlinesa, también de reciente fecha, tiene las estaciones de Zanzíbar y de Dar-es-Salam.

La católica alemana, asimismo reciente, se ha instalado en Dar-es-Salam, en oposición á la misión romana de lengua francesa establecida hace tiempo en Bagamoyo.



EL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO DE AUSTRIA, presunto sucesor de la corona de Austria

No hay misiones francesas protestantes. Las católico-romanas son las de Nuestra Señora de África, del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, y la de la Compañía de Jesús.

La misión de Nuestra Señora de África es creación del cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago. Se subdivide en dos ramas.

Una, la del Victoria-Nyanza, tiene por estaciones Rubaga en el U-Ganda; Bukumbi al Sur del lago; y Suerú en el U-Nyamuezí: otra, la del Tanganika con la estación de Ruwua en la costa occidental del lago y la de Karema con la cual cuenta mucho M. Lavigerie en su proyecto de cruzada contra la trata.

Las misiones del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María tienen muchas estaciones, especialmente en Bagamoyo en la costa, y en Mhonda en el Nguna.

Los padres de la Compañía de Jesús tienen una estación en Tete junto al Zambezé, y quizás otras al Norte de este río, sobre cuyos progresos no se tienen datos positivos.

Así pues, hay en totalidad seis misiones anglicanas, cuatro alemanas y tres francesas.

La Sociedad de las misiones africanas trabaja en África hace treinta años; después de ella se fundó la misión francesa de Bagamoyo. Ambas son anteriores á las grandes exploraciones de Livingstone. Las otras son posteriores y algunas muy recientes.

– LOS EXTRANJEROS EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS. – Los países que tienen una sección nacional en la Exposición de 1889 se pueden clasificar en dos categorías: por una parte, los que están representados por comisarios nombrados por su respectivo gobierno, y son:

En Europa: Grecia, Noruega, Serbia, Suiza, San Marino y Mónaco; – en Asia: el Japón, Persia y el reino de Siam; – en Africa: Marruecos y la República Sud-africana; – en Oceanía: Victoria, Nueva Zelanda y la Nueva Gales del Sur; – en América: los Estados Unidos, la República argentina, Bolivia, Chile, Colombia, el Ecuador, Guatemala, Haiti, México, Nicaragua, Paraguay, Santo Domingo, el Salvador, el Uruguay y Venezuela.

Por otra parte, los países cuya participación no es oficial sino de iniciativa particular.

En Europa: Austria-Hungría, Bélgica, Gran Bretaña, España, Dinamarca, Países Bajos, Rusia, Italia, Rumanía, Portugal y el Gran Ducado de Luxemburgo; – en América; el Brasil. Muchas de estas comisiones han alcanzado subvenciones de su gobierno. Así por ejemplo, el Parlamento belga ha votado 600,000 francos; las Cortes españolas 500,000 pesetas; el gobierno portugués ha concedido 137,000; el rumano 200,000, el danés 140,000 y el brasileño 750,000

(De la *Gazette Géographique*)

ATAQUE Á LA PROPIEDAD AGENA, cuadro de H. Biedermann-Arendts presentado en la última Exposición de Munich

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN